

## NUMENIO

# TRATADO DEL BIEN

(Fragmentos conservados por Eusebio en su obra “Preparación evangélica”)

### *Del método histórico.*

Es preciso que el que trate de esta cuestión (del Bien), después de haber invocado en apoyo de su doctrina el testimonio de Platón, se remonte más y enlace con los principios de Pitágoras. Ha de acudir a las naciones más afamadas, exponer las ceremonias, los dogmas y las instituciones que, habiendo sido establecidos por los brahmanes, judíos, magos y egipcios, se encuentren de acuerdo con el sistema de Platón.

(“Preparación evangélica”, IX, 7.)

### *Del conocimiento del Bien.*

Podemos conocer los cuerpos, bien por los signos de la analogía, bien por las propiedades distintivas que encierran. En cuanto al Bien, no hay medio alguno de conocerlo, ni por la analogía de lo sensible, ni por la presencia de ningún objeto. Pero, así como un hombre sentado en la alta costa de la mar alcanza con sus penetrantes miradas una barca de pescador, mísera y solitaria, zarandeada por las olas, así el que se ha retirado lejos de las cosas sensibles se une a solas con el Bien, en comercio en que ya no hay hombre ni animal, ni cuerpo grande o chico, sino una soledad inefable, inenarrable y divina, que colman por entero las costumbres, los hábitos, las gracias del Bien, y en que el Bien permanece en el seno de la paz y de la serenidad, gobernando con benevolencia y velando por la esencia. Aquel que, entregado por entero a las cosas sensibles, imaginase recibir en ellas la visita del Bien y creyese encontrarlo en el seno del deleite, sería víctima de un grosero error. La realidad es que no nos elevamos hasta el Bien fácilmente; para lograrlo es menester un arte divino. El mejor medio es abandonar las cosas sensibles, aplicarse intensamente a las matemáticas, hasta llegar a la ciencia suprema que consiste en saber lo que es lo Uno. (*Op. Cit. XI, 22.*)

### *Del ser corporal y de la materia.*

¿Qué es el ser? ¿Es lo que llamamos los cuatro elementos, la tierra, el fuego y las dos naturalezas intermedias? ¿Puede llamarse seres a estas cosas tomadas en conjunto o cada una por separado? No, puesto que son engendradas y susceptibles de metamorfosis, pues que las vemos nacer unas de otras y alterarse, y no perdurar en forma de elementos ni en la de agregados. Un cuerpo de esa especie mal podría ser el ser. Pero entonces, ¿será el ser la materia? Menos aún, por cuanto es incapaz de permanencia. La materia es un río de curso rápido e impetuoso, que tiene una longitud, una anchura y una profundidad inconmensurables e infinitas...

Con razón se ha dicho que, si la materia es infinita, es indeterminada; si es indeterminada, es irracional; si es irracional, es desconocida. Al ser desconocida, es necesariamente desordenada, porque es fácil conocer lo que tiene orden. Lo que es desordenado no tiene permanencia; lo que no tiene permanencia no posee el ser. Ahora bien, eso es justamente lo que más arriba indicábamos, cuando decíamos que todos estos caracteres en modo alguno pueden convenir al ser. Quisiera, en lo que a este punto se refiere, hacer compartir mi convicción a todos los hombres. Repito, pues, que ni los cuerpos son el ser. Pero ¿es que no tenemos nada más que eso en el universo? Sí. No es difícil descubrirlo, con tal que nos dirijamos este razonamiento a nosotros mismos: Puesto que todos los cuerpos son por su naturaleza perecederos, inertes, móviles, sin permanencia alguna, ¿no necesitan de un principio que los contenga? Desde luego. ¿Subsistirían sin ayuda de ese principio? Evidentemente, no. ¿Cuál es, pues, el principio que contiene los cuerpos? Si fuese un cuerpo, tendría necesidad de Júpiter conservador para escapar a la disolución y a la dispersión. Es preciso que ese principio esté libre, exento de las pasiones corporales, para que pueda contener los cuerpos y preservarlos de la corrupción. En ese caso, no podría ser otra cosa que lo incorpóreo, ya que éste es la única naturaleza que sea permanente, invariable y que no tenga nada de corporal. Por eso no es engendrado lo

corpóreo, no se acrece, no se mueve de ninguna manera, y con razón se le concede el primer lugar. (*op. Cit., XV, 17*)

### ***Del ser verdadero e incorpóreo***

Elevémonos al ser verdadero, en cuanto puede elevarse hasta ese punto nuestra inteligencia, y digamos que la distinción entre lo pasado y lo futuro no le conviene. Existe siempre en un tiempo determinado, exclusivamente en presente. Si se quiere llamar a ese presente eternidad, consiento en ello. El pasado, al huir de nosotros, ha desaparecido sin retorno en la nada, mientras que el futuro no es aún, y se anuncia únicamente como un poder llegar a ser. No es, pues, sensato pensar que el ser no exista de manera inmutable, que unas veces no es ya y que otras no es todavía; tanto valdría admitir una imposibilidad, decir que la misma cosa es y no es a la vez. Ahora bien, nada podría existir realmente si el mismo ser no poseyese existencia absoluta; porque lo propio el ser es ser eterno, inmóvil, inmutable, idéntico, no poder nacer ni perecer, crecer o decrecer, aumentar o disminuir. Por consiguiente, no puede cambiar de lugar, no puede moverse hacia delante, ni hacia atrás, ni hacia arriba, ni hacia abajo, ni a la derecha ni a la izquierda, ni circularmente. Lejos de eso, está fijo, firme, inmóvil, y es siempre idéntico...

Todo esto no es más que un preámbulo, y, para no ocultar nada, confesaré que no ignoro cuál es el valor de la palabra “incorpóreo”. Prefiero ahora, en efecto, hablar a guardar silencio. Diré, pues, que la palabra “incorpóreo” es, precisamente, lo que desde nace mucho tratamos de definir. Y no se me tome a risa que diga que el verdadero nombre de lo incorpóreo es la esencia y el ser. La razón de ello es que el ser no está sujeto a generación ni a corrupción, que no es susceptible de alteración ni de perfección, que repugna todo movimiento y todo cambio, que es simple e invariable, que persiste siempre en la misma esencia y no sale nunca de su identidad, ni por su propia voluntad ni por intervención de una causa extraña. (*Op. Cit. XI, 10*)

### ***El primer Dios y el Demiurgo.***

El **primer Dios** permanece en sí mismo; es simple porque, concentrado por entero en sí, no puede sufrir ninguna división. El **segundo Dios** es uno en sí, pero se deja arrastrar por la materia, que es la **díada**; si la une, ella lo divide, porque la naturaleza de la materia consiste en desear y en ser en continuo fluir. En tanto que contempla la Inteligencia, ese **segundo Dios** permanece inmóvil en sí mismo; mas cuando rebaja sus miradas a la materia y se ocupa de ella, se olvida de sí mismo; adhiérese a lo sensible, lo adorna y contrae algo de las cualidades de la materia con que ha deseado entrar en relación...

El primer Dios no desempeña ninguna función demiúrgica; es tan sólo el padre del Demiurgo. Si, al examinar la cuestión del Demiurgo, afirmamos que el primer Dios preexiste y que así es como puede ejercer un poder supremo, semejante comienzo no puede ser más propio. Si, en lugar de ocuparnos del Demiurgo, tratamos de determinar la naturaleza del primer Dios, yo, por mi parte, no me atrevería a abordar semejante tema. Lo pasaré, pues, en silencio, y escogeré otro comienzo para mi discurso. Mas antes haremos la declaración siguiente: el primer Dios no hace ninguna obra y es verdaderamente **Rey**, mientras que el Dios que lo gobierna todo al recorrer el cielo es no más que **Demiurgo**. Por eso participamos de la Inteligencia cuando ésta descende y se comunica a todos los seres que pueden recibirla. Mientras que Dios (el Demiurgo) nos mira y se vuelve a cada uno de nosotros, ocurre que la vida y la fuerza se esparcen en nuestros cuerpos, caldeados por sus rayos; mas si se retira a la contemplación de sí mismo, todo se apaga, al paso que la Inteligencia sigue viviendo y goza de una existencia bienaventurada...

Entre el primer Dios y el Demiurgo hay la misma relación que entre el que siembra y el que cultiva. El uno, como simiente que es de toda alma, esparce sus gérmenes en todas las cosas que de él participan. El otro, como legislador, cultiva, distribuye y transporta a cada uno de nosotros las simientes que provienen del primer Dios...

Todas las cosas que pasan al que las recibe al dejar a aquel que las da se parecen a los esclavos, a las riquezas, a la plata cincelada o acuñada: son cosas precederas y humanas. Las cosas divinas son aquellas que, cuando son dadas, siguen allí, de donde provienen; al servir a uno, no hacen sufrir ningún perjuicio a otro; antes bien, sirven al mismo que las da, haciéndole acordarse de aquel de quien se olvidaba. Esa es la verdadera riqueza, la ciencia hermosa, que sirve a quien la recibe sin abandonar a que la da. Del mismo modo veis una antorcha encendida en otra antorcha, recibiendo la luz sin que esta última la pierda, simplemente porque la materia de la primera se ha abrasado en el fuego de la segunda. Tal es también la ciencia que queda al que la da, y sin embargo pasa, idéntica, al que la recibe. La causa de semejante

fenómeno no tiene nada de humana. Consiste en que la esencia que posee el saber es la misma en Dios que la da y en ti y en mí que la recibimos. “*La sabiduría, dice Platón, es un presente que los dioses hacen a los hombres, presente traído de la región superna por Prometeo con el fuego centellante*”.

Así, el primer Dios es inmóvil, el segundo se mueve; el uno sólo contempla lo inteligible, el otro contempla lo inteligible y lo sensible. No os extrañe que me exprese así, porque aún tengo que decir algo más asombroso. Mientras que el segundo Dios es en movimiento, el primer Dios permanece en una inmovilidad a que llamaré movimiento innato. Ese movimiento es el principio del orden, de la conservación y de la perpetuidad del universo...

Como Platón sabía que sólo el Demiurgo era conocido de los hombres, mientras que el primer Dios, a que llama Inteligencia, les era desconocido, se ha expresado sobre este punto en términos que vienen a decir: “*¡Oh hombres!, la Inteligencia de que tenéis no más que sospechas, no es la Inteligencia primera; hay otra mucho más antigua y divina*”...

El piloto zarandeado en alta mar por el oleaje, inclinado sobre el timón, dirige el navío, apoyado en la barra. Sus miradas y su inteligencia están vueltas hacia los astros, cuyo curso siguen en el cielo, mientras que él, por su parte, surca los mares. Pues del mismo modo el Demiurgo, por no destrozarse la materia, o porque ésta no le deshaga a él, después que la ha unido con los lazos de la armonía, se sienta a ella como quien se sienta al timón, ni más ni menos que un piloto en un barco combatido por la tempestad; dirige esa armonía gobernándola con las ideas, y, en lugar de dirigir sus miradas al cielo, las pone en el Dios supremo, y toma de esa contemplación la sapiencia, y de su deseo la potencia activa. (*op. Cit. XI, 18.*)

Si la esencia y la idea son lo inteligible, si la Inteligencia es anterior a la esencia, si es su causa, la Inteligencia es el Bien. Si el Demiurgo es el principio de la generación, el Bien es el principio de la esencia. Hay analogía entre el Bien y el Demiurgo, que le imita, como la hay entre la esencia y la generación, que es su imagen. Si el Demiurgo de la generación es bueno, el Demiurgo de la esencia será el Bien absoluto naturalmente unido a la esencia. El segundo Dios, como es, a su vez, doble, crea su idea y el mundo; es Demiurgo y luego se entrega a la contemplación. Para llegar a distinguir las cuatro cosas de que hemos hablado, las designaremos de la manera siguiente: el primer Dios es el **Bien absoluto**; su imagen es el **Demiurgo bueno**; a seguida viene la **esencia**, que es diferente en el primer Dios y en el segundo; por último, la imagen de la esencia del segundo Dios es el **mundo** embellecido por su participación en lo bello...

Todos los seres que participan del Bien no participan de él más que en una sola cosa, la sapiencia. Esta es la única ventaja que obtienen de la presencia del Bien. La sapiencia es privilegio de lo Primero. Querer buscar fuera de él la causa que hermosea a los demás seres y los hace buenos, cuando esa causa reside exclusivamente en él, sería propio de un insensato...

Platón, en su **República**, llama al Bien **idea del Bien**, para decir que el Bien es la **idea** del Demiurgo que, como hemos reconocido, es bueno solamente porque participa de lo Primero y de lo Uno. Del mismo modo que los hombres han sido trazados por la **idea** del hombre y los bueyes por la **idea** del buey, como el Demiurgo es bueno exclusivamente porque participa del Bien supremo, su **idea** es la Inteligencia suprema; es decir, el Bien absoluto. (*Op. Cit. XI, 22.*)

\*\*\*\*\*